

## DIA XXI.

## MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN BENITO, abad, en Monte Casino, el cual restableció y propagó maravillosamente en el Occidente la disciplina monástica, cuasi del todo relajada; su vida gloriosa en virtudes y milagros la escribió S. Gregorio papa. (*Véase la historia de su vida en las de este día.*)

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MÁRTIRES, en Alejandria, que en tiempo del emperador Constancio, y del prefecto Filagrío, fueron asesinados por los Arrianos y los gentiles, estando en la iglesia en un día de viernes santo.

LOS SANTOS MÁRTIRES FILEMON Y SAN DOMNINO, en el mismo día.

SAN BIRILO, en Catania de Sicilia, ordenado obispo por S. Pedro, el cual habiendo convertido muchos gentiles á la fe, en su última edad murió en el Señor.

SAN SERAPION, anacoreta, en Alejandria, obispo de Tamne, varon de gran virtud, el cual fué desterrado por el furor de los Arrianos, y murió en el destierro.

SAN LUPICINIO, abad, en el territorio de Leon de Francia, cuya vida fué memorable por su gran santidad y milagros.

**SAN BENITO, ABAD Y PATRIARCA DE LAS RELIGIONES MONACALES DE OCCIDENTE.**

SAN Benito, tan célebre en todo el orbe cristiano, luz del desierto, apóstol del Monte Casino, restaurador de la vida monástica en el Occidente, uno de los mas ilustres y de los mayores santos de la Iglesia, nació por los años de 480 en las cercanias de Nursia, del ducado de Espoleto. Su nobilísima casa, una de las mas distinguidas de Italia, se hacia respetar en toda ella, así por sus enlaces, como por su grande riqueza. El padre, que se llamaba Eupropio, se cree que fué de la casa de los Anicijos, y su madre llamada Abundancia, era condesa de Nursia. S. Gregorio, que escribió la vida de nuestro Santo, dice que no sin misterio le llamaron *Benito*, por las grandes bendiciones con que le previno el Señor desde su nacimiento.

Nada hubo que hacer en inclinarle á la piedad, porque las primeras lecciones que se le dieron, hallaron ya un corazon formado para la virtud. Desde luego se descubrió en él un buen ingenio, nobles inclinaciones, un natural tan dócil, y tales señales de devocion, que á los siete años de su edad le enviaron



S. BENITO ABAD.  
Y FUNDADOR.

sus padres á Roma para que se criase en aquella corte á vista del papa Felix II, que tambien se cree haber sido de la misma familia.

Hizo asombrosos progresos en las ciencias humanas por espacio de siete años que se dedicó á ellas; pero fueron muchos mas asombrosos los que hizo en la ciencia de la salvacion. Ya desde entonces se miraba como especie de prodigio su teson en la oracion, su inclinacion al retiro, su circunspeccion, y las penitencias que hacia en una edad que solo toma gusto á las diversiones y á los entretenimientos.

Pero sobre todo sobresalia en Benito la tierna devocion que profesaba á la Madre de Dios. Venérase todavia en el oratorio de S. Benito de Roma la imágen de la Santísima Virgen, en cuya presencia pasaba muchas horas en oracion todos los dias; y asegura el beato Alano, que delante de ella recibió del cielo extraordinarios favores.

Habiendo observado las licenciosas costumbres de los jóvenes de su edad y de su esfera, y conociendo los grandes peligros á que estaba espuesta su salvacion quedándose en el mundo, resolvió buscar seguro asilo á su inocencia en el retiro del desierto; y lleno del espíritu de Dios que le guiaba, salió de Roma siendo de solos quince años: llegó cerca de una aldea llamada Afilo, donde habiendo hecho un milagro con la ama que le habia criado, y no habia querido apartarse de él, halló medio para escaparse secretamente de ella, y por sendas descaminadas se fué á esconder en el desierto de Sublago, á quince leguas de Roma.

Todo conspiraba á inspirar horror en aquella soledad: los peñascos escarpados, cuyas puntas se escondian á la vista, los precipicios espantosos y un terreno seco, estéril é infecundo; pero el animoso Benito halló en ella dulces atractivos. Habiéndole encontrado cierto monge llamado Romano, le preguntó qué buscaba por aquellos desiertos, y respondiéndole Benito, que un sitio donde sepultarse en vida para no pensar mas que en Dios, admirado Romano le enseñó cierta gruta abierta en una roca, parecida á una sepultura. En ella se enterró Benito, y Romano le trajo de su monasterio un hábito de monge, cuidando tambien de traerle algunos mendrugos de pan una vez á la semana.

No se pueden comprender las escesivas penitencias que hizo aquel esforzado joven, héroe de la religion cristiana, desde los primeros pasos de su penosa carrera. Su ayuno era continuo, su oracion casi perpetua; y como si no bastase para mortificacion

de aquel cuerpecito tierno y delicado no tener mas cama que la dura peña, ni apenas otro alimento que insípidas y agrestes raíces, se echó á cuestras un áspero silicio, de que no se desnudó en toda la vida.

Estremecióse el infierno al ver tantas virtudes en el jóven solitario; y desde luego empezó el enemigo comun á valerse de todo género de artificios para desalentarle. Dió principio á la batalla haciendo pedazos una campanilla pendiente de una cuerda larga con que Romano prevenia á Benito para que acudiese á recoger los mendrugos de pan que le descolgaba; pero la caridad, que es ingeniosa, halló arbitrio para continuar en su ejercicio. A esto se siguieron ruidos, fantasmas, y otras cien estratagemas, que habiéndolas experimentado igualmente inútiles, acudió por último recurso á la tentacion mas vehemente y tambien mas peligrosa.

Burlábase Benito, lleno de confianza en Jesucristo, de todos los vanos esfuerzos del demonio, cuando la memoria ó la imágen de una doncella que habia visto en Roma, se le imprimió tan vivamente en la imaginacion, le inquietó tanto, y le apuró con tal vehemencia, que para librarse de ella se desnudó el santo jóven con animoso denuedo, y corriendo á arrojarle entre una espinosa zarza, en ella se revolvió y se revolcó hasta que el estremo dolor que sentia, mitigó del todo los ímpetus del deleite con que el tentador habia querido derribarle. Quedó para siempre vencido y avergonzado el espíritu impuro, y premió el cielo la generosa fidelidad de su siervo, concediéndole el singular privilegio de que no volviese á experimentar en adelante semejantes tentaciones.

Habia tres años que Benito vivia en el desierto mas como ángel que como hombre, cuando quiso el Señor darle á conocer al mundo. A legua y media de su gruta, ó de su cisterna, habitaba un santo clérigo, que en la víspera de Pascua habia hecho disponer comida algo mas abundante para el dia siguiente en honor de tanta festividad. Aquella noche se le apareció el Señor en sueños, y le dijo que al otro dia buscáse á su siervo en el desierto, y le llevase de comer; hizolo así el buen sacerdote, y quedó atónito cuando se halló con un mancebo tan delicado, y vió la espantosa penitencia que hacia; y sin poderse confener, publicó lo que habia visto: siendo esta la ocasion de que comenzase la fama de Benito á divulgarse, y hacer ruido en el mundo.

Murió por este tiempo el abad del monasterio de Vicovarre, entre Sublago y Tivoli; y habiendo nombrado los monges á Benito por superior suyo, aunque se resistió cuanto pudo alegando

muchas razones, no fué oido, y le obligaron á encargarse del gobierno del monasterio. Pero apenas comenizó el santo abad á querer enderezarlos por el camino estrecho de su profesion, cuando se arrepintieron de la eleccion que habian hecho; negáronle la obediencia, y aun intentaron quitarle la vida con veneno que le echaron en la bebida; mas al tiempo de sentarse el Santo á la mesa echó la bendicion, como acostumbraba, y al punto se hizo pedazos el vaso que contenia el veneno.

Conociendo Benito la perversa intencion de aquellos monges, y pidiendo á Dios los perdonase, renunció la abadia, y se volvió á retirar á su amada soledad, aunque no estuvo solo mucho tiempo; porque á la fama de su rara santidad concurrió de todas partes tan prodigioso número de gente con deseo de entregarse á su direccion y gobierno, que solo en el desierto de Sublago fundó doce monasterios, dándoles la regla que acababa de componer, dictada, digámoslo así, por el Espíritu Santo.

Creciendo cada dia la reputacion de su virtud, venian á verle y á consultarle los mas autorizados senadores de Roma, entre los cuales Tertulo trajo consigo á su hijo primogénito Plácido, de edad de siete años, y Equicio á Mauro, que tenia doce, rogando á Benito que se encargase de educarlos. Aplicóse á ello con tanto cuidado, que en poco tiempo de aquellos dos queridos discipulos suyos hizo dos grandes santos, habiendo Plácido derramado su sangre por Jesucristo, y siendo Mauro como el segundo fundador de la religion Benedictina en el reino de Francia.

No hay virtud sin persecucion. Gobernaba la parroquia inmediata al desierto de Sublago un mal sacerdote, llamado Florencio, que no pudiendo sufrir tan heróicos ejemplos de virtud, como muda reprehension de los desórdenes secretos de su estragada vida, no contento con desacreditar cuanto podia el nuevo instituto, ni con perseguir al padre y á los hijos, intentó con diabólicos artificios armar infames lazos á la pureza de los monges. Juzgó el Santo que dictaba la prudencia ceder á la tempestad; y desamparando el desierto de Sublago, se fué al Monte Casino, donde el cielo le tenia prevenida una mies mas abundante, y donde al título de fundador de una religion tan célebre entre todas las que ilustran á la Iglesia del Señor, habia de añadir el de apóstol.

Habíanse como atrincherado entre las inaccesibles montañas del Casino algunas miserables reliquias del paganismo, adorando impune y públicamente al dios Apolo, en cuyo honor se conservaba un templo y algunos bosques sagrados á vista de la misma Roma cristiana. Encendido Benito de aquel espíritu que anima y forma

los héroes del Evangelio, ataca á la idolatría en sus mismas trincheras; derriba el templo, hace pedazos el idolo, abrasa los bosques consagrados á las mentidas deidades, levanta sobre las mismas ruinas del templo y del altar dos capillas, una en honra de san Juan Bautista, y otra en la de S. Martin, y en pocos dias convierte á la fe á todos aquellos pueblos.

Armóse, dice S. Gregorio, todo el infierno junto para detener las rápidas conquistas de nuestro Santo. Espectros horribles, aullidos espantosos, terremotos, amenazas, incendios, granizo, piedra, de todo se valió el enemigo de la salvacion; pero de todo inútilmente. Sobre la eminencia de aquella montaña fundó Benito el famoso monasterio de Monte Casino, venerado siempre como solar y centro de aquella célebre religion que brilla tanto en la Iglesia de Dios ha mil y doscientos años, habiendo dado á los altares mas de tres mil santos, á las diócesis un número casi infinito de insignes prelados, al sacro colegio mas de doscientos cardenales, á la Silla apostólica cuarenta sumos pontífices: donde hasta el dia de hoy se admiran y se veneran en las célebres congregaciones de Cluni, de Monte Casino, de S. Mauro, de S. Vannes, de S. Columbano (sin que á ninguna ceda la de España é Inglaterra) tan grandes ejemplos de virtud, y escritores tan hábiles, tan sobresalientes en todo género de letras.

Aun no se habia acabado el nuevo monasterio cuando fué menester levantar otros muchos; siendo este el tiempo en que S. Benito compuso, ó á lo menos perfeccionó aquella santa regla, cuya prudencia, sabiduría y perfeccion alaba tanto S. Gregorio, habiendo merecido no solo la aprobacion, sino el respeto de toda la Iglesia.

Movida Sta. Escolástica, hermana de S. Benito, así de los grandes ejemplos de virtud, como de las maravillas que obraba el Señor por medio de su santo hermano, determinó dejar el mundo; y encerrándose con otras doncellas en un monasterio distante algunas leguas de Monte Casino, fué tambien, con la direccion de nuestro Santo, fundadora de la vida monacal en el Occidente respecto de las mujeres.

No es fácil referir ni todo lo que hizo Benito los trece ó catorce años que vivió en Monte Casino, ni todos los prodigios que se dignó Dios obrar por su ministerio. No solo poseia el don de milagros, sino que le comunicaba á sus monges; como lo esperimentó Mauro, que se metió por una laguna, sin hundirse en ella, á sacar á S. Plácido por orden de su maestro.

De todas partes concurrían tropas de gente á venerarle. Y deseando Totila, rey de los Godos en Italia, conocer á un hom-

bre de quien publicaba la fama tantas maravillas, vino á verle; pero al mismo tiempo para probar si estaba dotado del don de profecía, que tanto se celebraba, mandó á un caballero suyo que se vistiese de los adornos reales y de todas las insignias de la majestad; mas luego que Benito le vió con aquel equipaje, le dijo con dulzura: *Deja, hijo mio, esas insignias que no te convienen; y no te finjas el que no eres.* Asombrado Totila de la maravilla, corrió á arrojarse á los pies del Santo; á los que estuvo postrado hasta que Benito le levantó; y habiéndole reprendido respetuosamente los horribles estragos que habia hecho en Italia, le pronosticó cuanto le habia de suceder por espacio de nueve años, exhortándole á convertirse; y diciéndole que al décimo iria á dar cuenta á Dios de toda su vida. Verificó el suceso toda la profecía del Santo, y procediendo Totila en adelante con mayor moderacion y humanidad, no cesaba de publicar la virtud del siervo de Dios.

Siendo S. Benito la admiracion de todo el mundo, y respetándole los sumos pontífices, los emperadores y los reyes como el asombro de su siglo, vivia en el monasterio como si fuera el último de los monges. Solo se valia de su autoridad para ejercitarse en los oficios mas humildes, y para escuder en mucho la austeridad de la regla. No obstante que el Señor parece habia puesto debajo de su dominio á todo el infierno, y que la misma muerte le obedecia, era con todo eso humildísimo, teniéndose por el mas mínimo de todos los monges; y acreditando con su proceder que así lo creia. Pronosticó el dia de su muerte, y se dispuso para ella con nuevo fervor y ejercicios de penitencia. Seis dias antes mandó abrir la sepultura; y en fin, el sábado antes de la dominica *in Passione*, á los 21 de marzo del año 543, siendo de solos sesenta y tres años no cumplidos, pero consumido de los trabajos y mortificaciones, lleno de méritos, y logrando el consuelo de ver estendida su religion en Sicilia por S. Plácido, en Francia por S. Mauro, y en España, Pórtugal, Alemania, y hasta en el mismo Oriente por otros discípulos suyos, rindió tranquilamente el espíritu en manos de su Criador en la misma iglesia de Monte Casino, donde se habia hecho conducir para recibir el santo Viático.

En el mismo punto que espiró, dos monges que vivian en dos monasterios muy distantes, vieron un camino muy resplandeciente, que daba principio en Monte Casino, y terminaba en el cielo; y al mismo tiempo oyeron una voz que decia: *Este es el camino por donde Benito, siervo amado de Dios, subió á la gloria.* El cuerpo del Santo estuvo por algunos dias espuesto á

la veneracion de sus hijos y de todo el pueblo, y despues fué enterrado en la sepultura que él mismo habia mandado abrir; donde se conservó hasta el año 580, en que fué destruido el monasterio de Monte Casino por los Lombardos, como lo habia profetizado el mismo Santo, quedando sepultadas entre sus ruinas aquellas preciosas reliquias. Dicese que el año 660, habiendo pasado á visitar el Monte Casino S. Aigulfo por orden de S. Mommol, segundo abad del monasterio de Fleuri, llamado hoy *san Benito sobre el Loyva*, tuvo la dicha de desenterrar aquel tesoro, y trayéndole á Francia, le colocó en su monasterio, donde se adora con singular veneracion, honrando el Señor las sagradas reliquias con los innumerables milagros que hace cada dia.

*La Misa es en honra del Santo, y la oracion la que sigue:*

Suplicámoste, Señor, que la intercesion de S. Benito abad nos haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocínio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor, etc.

*La Epistola es del cap. 45 del Eclesiástico.*

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus ór-

denes delante de su pueblo; y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

#### REFLEXIONES.

*In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum:* hízole santo por su fe y su mansedumbre. Nunca es estéril una fe viva; es como el alma del justo; le hace obrar y le hace vivir; siempre acompañan á sus luces benignas influencias. Presto es santo el que tiene una viva fe. ¿De donde nace la flojedad en el servicio de Dios? ¿de donde la poca fuerza que nos hacen las verdades mas terribles de la religion? ¿de donde el poco gusto á la penitencia? de que se cree con mucha tibieza. *Al que cree*, dice el Salvador (*Marc. 5.*), *todas las cosas son posibles*; y se pudiera aña-

dir, que tambien fáciles. Mas que el amor propio se estremezca; mas que la razon se violente; mas que se asusten los sentidos: *Nolite timere, tantummodò crede.* No temas, cree, y será tuya la victoria. Ciertamente cuando la fe nos representa con viveza aquellas verdades eternas; cuando nos desvuelve aquellos misterios sobrenaturales; cuando nos pone á la vista con la mayor claridad aquellos objetos superiores á las limitadas luces de todo entendimiento criado, las nieblas del espíritu humano se disipan, las ilusiones caen y se desvanecen. Entonces se conoce que las brillanteces del mundo son falsas, que sus flores son caducas, que casi todas son artificiales. Entonces se descubre como es la virtud, ó por mejor decir la santidad, aquella afortunada region, que léjos de devorar á sus habitantes, los sustenta, los enriquece, los colma de delicias; es una tierra por donde corren rios de leche y miel: *In fide ipsius sanctum fecit illum.* No es posible creer como se debe y no ser santo. Usa S. Pablo de esta palabra cuando escribe á los fieles. Y á la verdad, ¿cómo es posible creer la encarnacion del Verbo, la vida y muerte del Salvador, todo lo que hizo y padeció por redimirnos, y tratarle con indiferencia? ¿cómo es posible creer aquel infierno eterno, aquellas llamas inextinguibles, aquellos tormentos infinitos en severidad y en duracion, y encontrar amargura en la penitencia, y deleite en el pecado? *La fe*, dice S. Juan, *es aquella victoria que triunfa del mundo.* Ella es la que sujeta las pasiones, y la que hace pedazos las mas dulces y las mas fuertes prisiones. A la claridad de sus rayos se descubren los lazos que arma el tentador á la virtud; se quita al mundo la mascarilla, quedando á cara descubierta sus capciosos artificios; y finalmente, se solicita un asilo á la inocencia, buscándole en los claustros y aun en los mismos desiertos. La fe hizo ingeniosos, hizo sabios á los santos; sea la nuestra tan viva como la suya, y con el auxilio de la divina gracia seremos tan dichosos y tan santos como ellos.

*El Evangelio es del cap. 49 de S. Mateo.*

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentareis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre, ó ma-

dre, ó á su mujer ó hijos, ó nombre, recibirá ciento por uno, sus posesiones por causa de mí y poseerá la vida eterna.

### MEDITACION.

#### *De la felicidad de los Santos en el cielo.*

PUNTO PRIMERO.—Considera con qué energía promete el Salvador á los que le sirven magníficas recompensas; ciento por uno en esta vida, muerte preciosa, alegría exquisita, llena, colmada, eterna en la otra. ¿Has formado alguna vez concepto cabal, ó á lo menos no desproporcionado, de lo que es esta felicidad eterna? De ningún modo.

Concibe, si es posible, qué dicha es la de los bienaventurados en el cielo. Es tal, que nada de lo que se diga es bastante para explicarla, y nada de cuanto se haga es suficiente para merecerla.

No hay en el mundo cosa que nos pueda hacer comprender los bienes que gozan; pero hay demasiadas que nos hagan conocer los males de que están exentos. ¿Quieres comprender la felicidad de la otra vida? Pues sábetelo que está exenta de todas las miserias de esta. Dolores, tristezas, enfermedades, miedos, inquietudes, sobresaltos, pesadumbres, todo está para siempre desterrado de aquella mansion feliz. Ninguna desazon, ninguna molestia tiene entrada en aquella santa ciudad. Reina en la Jerusalem celestial una alegría pura y llena, una calma inalterable. ¡Ah Señor, qué entendimiento humano podrá comprender las mas inefables dulzuras que gustan vuestros escogidos en el cielo!

No solo se logra allí todo cuanto se desea, sino todo lo que es menester para no tener mas que desear. El corazón está lleno; el alma satisfecha. Están como inundados los cortesanos del cielo en un torrente, en un océano de purísimas delicias. No son solamente todos los bienes juntos, es la fuente misma de todos los bienes, es la posesion del mismo Dios la que hace el fondo de aquella felicidad inimaginable. Hablando en propiedad, no es la alegría del Señor la que entra en el corazón de los santos; ese sería espacio muy estrecho, lugar muy ahogado; el alma de los bienaventurados es la que entra, es la que se anega, es la que deliciosamente se pierde, digámoslo así, en la alegría del Señor; esto es, en las delicias, en la bienaventuranza del mismo Dios.

Ciertamente, si un consuelo interior, si un favor del cielo un poco sensible causa dulzuras tan inefables aun en esta region

de lágrimas, que quita la amargura á los mayores trabajos, hace ligeras las mas pesadas cruces, y es causa de que los santos mártires verdaderamente sientan gusto en medio de los mas crueles tormentos; ¿qué será en el cielo, donde los gustos, los consuelos, las delicias espirituales no se alambican gota á gota, sino que se dan á inundaciones; donde todo un Dios emplea todo su poder en hacer al alma feliz, y esto en recompensa de lo poco, de lo nada que se hizo por él? ¡O buen Dios, y qué liberalmente premiais á los que os sirven! ¡qué proporcion hay entre lo que hacemos, y lo que nos dais!

PUNTO SEGUNDO.—Considera qué alegría producirá aquella vista clara y distinta, aquella vista íntima de un Dios, y de un Dios amigo, y de un Dios padre.

La posesion de los bienes criados cansa, porque como todo cuanto hay en este mundo es limitado, apenas se posee, cuando ya fastidia; pero siendo Dios de perfeccion infinita, cuanto mas se posee, mas deleita. Los bienaventurados nunca se ven hartos; por una parte siempre satisfechos, por otra siempre ansiosos: *semper avidi, et semper pleni* (Aug.); pero una ansia que no es congoja, porque la misma saciedad escita, estimula el apetito.

En fin, los ojos no han visto jamás cosa igual á lo que tiene preparado el Señor para sus escogidos; los oídos nunca oyeron semejantes maravillas; ni la mas viva imaginacion es capaz de penetrar tan allá ni remontarse tan alto. Esta es una grosera idea de la eterna felicidad; esta será mi suerte, esta mi herencia si me salvo. ¿Puede ni debe tener mas digno objeto mi ambicion? ¿puede ni debe ser de mi gusto cualquiera otro deleite? ¿puedo ni debo aspirar á mayor fortuna?

Imagina todo cuanto puede hacer á un hombre perfectamente feliz en este mundo. Junta todos los tesoros del universo; une todas las coronas de la tierra; la muerte, sola su memoria echa un jarro de agua en toda esta idea de felicidad.

En el cielo es donde se logra la dicha de ser perfectamente feliz; allí es donde se asegura no dejar jamás de serlo. El mundo se acabará; pasaránse millones de millones de siglos despues que ya no haya memoria de él; y no habrá pasado ni un solo momento de aquella dichosa eternidad. ¡O mi Dios, y qué cosa tan dulce es poseeros sin miedo de perderos jamás! ¡qué recuerdo tan suave, qué pensamiento tan delicioso! Tengo todo cuanto puedo desear, y estoy seguro de que en adelante nada habrá que pueda turbarme esta dicha; se anega mi corazón en una alegría pura, perfecta, y esta alegría jamás ha de tener fin; yo me he

salvado al cabo, yo soy santo, y lo he de ser eternamente. Esto es lo que ahora piensa, y esto es lo que ahora dice S. Benito con aquel infinito número de santos que ha dado al cielo su sagrada religion. ¿Hallarán ahora por su cuenta que el cielo les costó muy caro? ¿Se arrepentirán ahora de las penitencias, de las amarguras de su dichosa soledad?

Dios mio, ¿es posible que yo puedo ser todo esto; que puedo gustar todo esto; que yo puedo decir todo esto; y que no hago todo cuanto se puede hacer en el mundo para lograr algun dia la dicha de poder gustarlo, y de poder decirlo? Vuestra gracia imploro, dulcísimo Jesus mio, vuestra gracia; porque desde este mismo punto comienzo á trabajar en este negocio sin intermision y sin cobardía.

JACULATORIAS.—¡O mi Dios, y cuantas dulzuras teneis reservadas á los que os temen y os aman con fidelidad! (*Psalm. 30.*)

¡O Señor, cuando llegará aquel dichoso dia en que la ceniza se convierta en corona, las lágrimas en óleo de alegría, y en vez de luto esté vestido de gloria! (*Isai. 61.*)

#### PROPOSITOS.

1 Cuando la generosa madre de los siete hermanos Macabeos exhortaba al menor de sus hijos á dar la vida valerosamente por la religion, á ejemplo de sus hermanos, le decia estas palabras: *Peto, nate, ut aspicias ad cælum... dignus fratribus tuis effectus particeps.* (2. *Mach. cap. 7.*) Ruégote, hijo mio, que pongas los ojos en el cielo, y te hagas digno de merecer la diadema que ya adorna las sienas de tus hermanos. Toma para tí este utilísimo consejo, sumamente provechoso en las diferentes disposiciones del cuerpo, del corazon y del ánimo. Es la vida fértil en espinas, fecunda en mortificaciones, las que al parecer crecen con el riego de nuestro llanto. Aun cuando nos perdonáran la calumnia, la envidia y la persecucion, nuestras mismas pasiones serian nuestros tiranos. En medio de esas adversidades, cuando estés mas sitiado de trabajos, representate al mismo Salvador, que anima tu desaliento con la esperanza del premio: *Peto, nate, ut aspicias ad cælum.* Una ojeada hácia el cielo, la memoria de aquella felicidad eterna, de aquel delicioso descanso, de aquella gloria brillante, embota á las espinas las puntas, disipa los enfados, calma las inquietudes, tranquiliza el corazon agitado, y hace dulce hasta la misma amargura. Si la memoria sola de la muerte es bastante para quitar el gusto á los deleites mas vivos, á los mas

sobresalientes; la vista del cielo, la consideracion de la gloria que gozan en él los bienaventurados, no es menos propia para endulzar las aflicciones, para sobrellevar los contratiempos de esta vida. Haz la esperiencia; y sírvete de este medio no solo para sufrir con resignacion tus trabajos, sino para consolar á los otros en los suyos.

2 Si quieres estar mas desprendido de la tierra, piensa frecuentemente en el cielo. Imita lo primero la industriosa piedad de aquel gran principe, que en los salones mas ostentosos de palacio, y en sus mas deliciosas magnificas casas de campo mandó poner esta inscripcion: *Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus*: No tenemos en este mundo mansion que sea estable; y así aspiramos á fijar nuestra habitacion en el cielo. Discurre y habla, lo segundo, como aquel fervoroso misionero, que consumido al afan de sus apostólicas fatigas, y al rigor de sus rigurosas penitencias, exhortándole á que por lo menos en la avanzada edad de ochenta años descansase ó moderase algo sus penosos ejercicios, respondia: *Trabajemos por el cielo mientras estamos en este mundo; mortifiquémonos mientras vivimos, que harto lugar tendremos para descansar en la eternidad.* Lo tercero, nunca celebres la festividad de algun santo ó santa, sin hacer reflexion á la felicidad eterna que están gozando, y considera que te están diciendo: Nosotros fuimos lo que tú eres; en tu mano está con la divina gracia ser presto lo que nosotros somos; ten la misma fidelidad, y gozarás la misma suerte.

#### DIA XXII.

##### MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN PABLO, obispo, discípulo de los Apóstoles, en Narbona de Francia, el cual se dice que fué aquel Pablo Sergio, procónsul, bautizado por el apóstol S. Pablo; y que trayéndolo consigo á España lo dejó en Narbona, consagrándole obispo; y habiendo desempeñado con gran diligencia el cargo de predicar, esclarecido en milagros voló al cielo.

SAN EPAFRODITO, en Tarracina, discípulo de los Apóstoles, el cual fué consagrado obispo de aquella ciudad por el apóstol S. Pedro.

LOS SANTOS MÁRTIRES SATURNINO, Y OTROS NUEVE, en Africa.

EL TRÁNSITO DE LAS SANTAS MÁRTIRES CALINICA Y BASILISA, en el mismo dia.

SAN BASILIO, presbitero y mártir, en Ancira, el cual en tiempo de Juliano Apóstata, atormentado con diferentes tormentos, entregó su alma á Dios.